

EDUCACIÓN, CREATIVIDAD E INTELIGENCIA ARTIFICIAL: NUEVOS HORIZONTES PARA EL APRENDIZAJE. ACTAS DEL VIII CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE APRENDIZAJE, INNOVACIÓN Y COOPERACIÓN, CINAIC 2025

María Luisa Sein-Echaluce Lacleta, Ángel Fidalgo Blanco y Francisco José García Peñalvo (coords.)

1ª Edición. Zaragoza, 2025

Edita: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza.



Servicio de
Publicaciones
Universidad Zaragoza

EBOOK ISBN 978-84-10169-60-9

DOI 10.26754/uz.978-84-10169-60-9



Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento – NoComercial (ccBY-NC). Ver descripción de esta licencia en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Referencia a esta obra:

Sein-Echaluce Lacleta, M.L., Fidalgo Blanco, A. & García-Peñalvo, F.J. (coords.) (2025). *Educación, Creatividad e Inteligencia Artificial: nuevos horizontes para el Aprendizaje. Actas del VIII Congreso Internacional sobre Aprendizaje, Innovación y Cooperación. CINAIC 2025 (11-13 de Junio de 2025, Madrid, España)*. Zaragoza. Servicio de Publicaciones Universidad de Zaragoza. DOI 10.26754/uz.978-84-10169-60-9

Estilos educativos, trauma infantil y su influencia en la generación de discursos de odio.

Parenting styles, childhood trauma, and their influence on hate speech

Pilar Ríos Campos¹, Nuria Rodríguez Ávila¹, Lucía Martínez Joya²

Autor1 email prios@ujaen.es. Autor2, email nrodriguez@ub.edu. Autor3 email: lmj281@ual.es

¹Psicología
Universidad de Jaén
Jaén, España

²Sociología
Universidad de Barcelona
Barcelona, España

³Sociología
Universidad de Almería
Almería, España

Resumen-Diversas teorías tratan de explicar el origen del odio desde impulsos biológicos hasta factores socioculturales como la identidad grupal, la frustración o la obediencia a la autoridad. Sin embargo, estudios recientes sugieren que el trauma infantil es un factor clave en la predisposición a la agresividad y el pensamiento excluyente. Según Miller, el maltrato infantil genera una ira reprimida que, en la adultez, se canaliza hacia grupos vulnerables como chivos expiatorios. Winnicott señala que estos individuos tienden a la agresividad, mientras que Fromm y Herman vinculan la educación autoritaria con la adopción de estereotipos rígidos y prejuicios. Además, la violencia en la infancia puede provocar desconexión emocional y dificultades en la regulación afectiva, reforzando estructuras defensivas. Así, el trauma infantil y los estilos educativos no solo influyen en la salud emocional, sino que pueden modelar identidades propensas a la exclusión y al discurso de odio, una perspectiva poco abordada en estudios previos sobre este fenómeno.

Palabras clave: Discursos de odio, trauma infantil, estilos parentales

Abstract- Various theories attempt to explain the origins of hatred, ranging from biological impulses to sociocultural factors such as group identity, frustration, or obedience to authority. However, recent studies suggest that childhood trauma is a key factor in the predisposition to aggression and exclusionary thinking. According to Miller, childhood abuse generates repressed anger that, in adulthood, is channeled toward vulnerable groups as scapegoats. Winnicott points out that these individuals tend toward aggression, while Fromm and Herman link authoritarian upbringing with the adoption of rigid stereotypes and prejudices. Furthermore, violence in childhood can cause emotional disconnection and difficulties in emotional regulation, reinforcing defensive structures. Thus, childhood trauma and parenting styles not only influence emotional health but can also shape identities prone to exclusion and hate speech, a perspective that has been little addressed in previous studies on this phenomenon.

Keywords: Hate speech, childhood trauma, parenting styles

1. INTRODUCCIÓN

Los discursos de odio, entendidos como narrativas que deshumanizan a determinados colectivos, están proliferando en nuestras sociedades marcadas por una gran polarización política y cada vez mayores desigualdades estructurales.

Estos discursos de odio, si se extienden lo suficiente, ponen en riesgo la convivencia pacífica, los derechos humanos, la seguridad y la libertad de toda la sociedad en su conjunto. Para evitar que estas situaciones se produzcan, debemos encontrar los motivos que llevan a las personas a adherirse y asumir estos discursos.

Existen diversas teorías que tratan de explicar el odio, el mal y la destructividad en los seres humanos. Sigmund Freud y Konrad Lorenz consideran que es un impulso primario inherente a todas las personas que es necesario moldear y canalizar. Gordon Allport lo atribuye a un mecanismo de identidad grupal. Leonard Berkowitz lo atribuye a una respuesta a la frustración y a la provocación. Roy Baumeister considera que, estos fenómenos se producen por la identificación de los diferentes con el mal. Ervin Staub y Robert J. Sternberg argumentan que el odio aparece como respuesta a tensiones socioeconómicas, conflictos étnicos, y desigualdades. Por su parte, Hannah Arendt, Stanley Milgram y Philip Zimbardo defienden que esos comportamientos se desarrollan por motivos como: expresión de poder, obediencia a la autoridad, o evadir la responsabilidad individual.

Sin embargo, existen otras teorías que defienden que estos comportamientos tienen su origen último en haber vivido experiencias adversas en la infancia. El maltrato, el abandono, la negligencia y los abusos sufridos en la infancia, crean individuos con heridas emocionales que les hacen propensos a repetir estos comportamientos. El trauma infantil influye en la forma en las que los individuos perciben el mundo e interactúan con los demás. Estas experiencias tempranas pueden dar lugar a patrones de comportamiento agresivos, excluyentes y prejuiciosos.

Alice Miller (1985) sostiene que, el maltrato en la infancia, produce una ira reprimida que no desaparece, sino que se mantiene en estado latente hasta que encuentra un objeto sustitutorio sobre el cual pueda descargarse sin riesgo. A este mecanismo se le denomina desplazamiento o búsqueda de chivos expiatorios. Estas personas tienen mayor tendencia a la agresividad y a comportamientos antisociales (Winnicott, 1981). También, las formas autoritarias de educación crean individuos con tendencia a la adopción de estereotipos rígidos (Fromm, 1964) y pensamiento dicotómico. Además, tienen a desarrollar una visión del mundo como hostil, lo que facilita la formación de actitudes prejuiciosas y excluyentes (Herman,

2004). Así mismo, haber sufrido violencia en la infancia puede provocar desconexión emocional, fragmentación de la identidad y dificultades en la regulación emocional (Herman, 2004) que les dificulta la capacidad de establecer y o mantener relaciones emocionalmente sanas (Bowlby, 1986). Estas personas tienden a desarrollar una estructura defensiva con una activación constante del sistema de respuesta al estrés que se traducen en comportamientos agresivos y desafiantes ante cualquier amenaza percibida (Winnicott, 1981).

Por lo tanto, el trauma infantil y los estilos educativos tienen un impacto significativo en el desarrollo emocional y social de los/as niños/as y pueden influir en la generación de discursos de odio y en comportamientos agresivos en la adolescencia y adultez.

Si bien investigaciones previas han explorado factores sociopolíticos y mediáticos detrás de este fenómeno, este trabajo aporta una integración crítica entre tres ejes poco interconectados en la literatura: los estilos educativos parentales, el trauma infantil y su rol en la construcción de identidades propensas al odio. Esto nos da la posibilidad de plantear enfoques preventivos identificando puntos de intervención temprana como estilos de crianza positiva y centros escolares sensibles al trauma, que reducen los riesgos de adhesión a discursos excluyentes.

2. CONTEXTO Y DESCRIPCIÓN

A. Necesidad

El trauma provocado por experiencias adversas en la infancia, está relacionado de forma directa con problemas de salud mental y social. Aumentan la probabilidad de desarrollar problemas emocionales y comportamientos agresivos, predisposición a actitudes extremistas y la adhesión a discursos de odio, ya que el sufrimiento psicológico no resuelto, puede proyectarse hacia otros individuos o grupos sociales. Comprender los elementos que están en la base del desarrollo de estas actitudes, nos permitiría desarrollar herramientas de intervención y prevención mucho más eficaces.

B. Objetivos

Este trabajo se propone:

1. Analizar la relación entre estilos educativos autoritarios y negligentes y trauma infantil
2. Explorar el papel del trauma provocado por el maltrato infantil en la creación de estructuras psicológicas que pueden predisponer a la involucración en discursos de odio.
3. Proponer estrategias pedagógicas validadas para mitigar la generación de traumas infantiles y prevenir discursos de odio desde la infancia.

C. Público objetivo

Investigadores en ciencias sociales, diseñadores de políticas públicas, docentes, trabajadores sociales y profesionales de la salud mental.

D. Metodología y recursos

Se emplea una revisión sistemática de la literatura, con fuentes provenientes de bases de datos académicas como Proquest, Google Scholar, PsycINFO, Dialnet y Redalyc,

usando términos clave: estilos parentales, trauma infantil, discursos de odio.

Los criterios de inclusión utilizados: se han seleccionado estudios empíricos o teóricos que vinculen al menos dos de los tres ejes temáticos.

3. RESULTADOS

El estudio confirma que los estilos educativos y el trauma infantil están directamente relacionados con la creación de estructuras psicológicas que pueden servir de base para la generación de actitudes de odio.

El estilo autoritario se caracteriza por un alto nivel de control y exigencia, pero con poca calidez y comunicación. Los padres autoritarios imponen normas estrictas y esperan obediencia sin discusión. La comunicación es unidireccional, y el castigo se utiliza con frecuencia como herramienta disciplinaria (Torío López et al., 2008). Los niños criados bajo este modelo tienden a desarrollar baja autoestima, dependencia excesiva de la autoridad y dificultades en la toma de decisiones. Pueden volverse inseguros, con dificultades para expresar emociones y con una mayor tendencia a la ansiedad o depresión (García y Lendínez, 2002).

El estilo permisivo, en contraste, se basa en la indulgencia y la falta de límites. Los niños criados bajo este modelo suelen tener problemas de autodisciplina y control de impulsos, lo que puede derivar en comportamientos de riesgo en la adolescencia, como el consumo de sustancias o dificultades académicas (Torío López et al., 2008). También pueden desarrollar baja tolerancia a la frustración, dificultades en el cumplimiento de normas y problemas en la regulación de sus emociones (Pérez Alonso-Geta, 2012).

El estilo negligente, caracterizado por la falta de control y afecto, es el más perjudicial para el desarrollo infantil. Los niños criados en este ambiente experimentan inseguridad emocional, baja autoestima y problemas de socialización (Arranz et al., 2004). Además, pueden presentar dificultades para establecer relaciones sanas, falta de empatía y una mayor predisposición a desarrollar conductas antisociales (Montero y Jiménez Tallón, 2009). Este estilo de crianza también se ha asociado con una mayor probabilidad de involucrarse en dinámicas de exclusión y violencia en la vida adulta (Capano y Ubach, 2013).

4. CONCLUSIONES

La proliferación de discursos de odio no es un fenómeno aislado ni un mero reflejo de coyunturas políticas: es el síntoma de un malestar profundo. Cuando las heridas emocionales de la infancia —aquellas causadas por el abandono, la violencia o la indiferencia— permanecen sin sanar, se convierten en cicatrices que distorsionan la percepción del mundo. Estas cicatrices no solo marcan a los individuos, sino que se transmiten intergeneracionalmente, alimentando narrativas de exclusión y deshumanización. Como advirtió Alice Miller, el niño maltratado, si no logra confrontar su dolor, terminará reproduciendo el mismo ciclo de violencia, ya sea como víctima que internaliza la culpa o como victimario que proyecta su ira en "los otros". En este sentido, el odio no es solo un acto de agresión hacia el exterior, sino una expresión del malestar interior.

La paradoja que enfrentamos reside en que aquellos que propagan discursos de odio suelen ser, en esencia, individuos profundamente heridos. Su retórica excluyente es, en muchos casos, una máscara que oculta una identidad fragmentada por el trauma. La rigidez cognitiva, la necesidad de chivos expiatorios y la idealización de líderes autoritarios no son más que mecanismos de defensa para lidiar con una autoestima devastada y un vacío emocional crónico. Como señaló D.W. Winnicott, cuando el ambiente primario —la familia— falla en proveer un lugar seguro, el individuo desarrolla un falso self, una identidad construida sobre la adaptación patológica a la desesperación. Este falso self, frágil y reactivo, busca desesperadamente pertenecer a algo mayor, incluso si es a costa de demonizar a otros. Las ideologías extremistas, en este contexto, ofrecen una ilusión de comunidad y propósito, pero a un precio moral catastrófico: la renuncia a la empatía.

Para romper este ciclo, la respuesta no yace únicamente en leyes más estrictas o campañas de concientización, aunque estas sean necesarias. La verdadera transformación exige un giro epistemológico: reconocer que la lucha contra el odio comienza en la primera infancia. Una sociedad que normaliza la violencia intrafamiliar o que trivializa el bullying escolar, está propiciando un entorno social más inseguro. Sin vínculos seguros en la infancia, la capacidad de ver al otro como un igual se resquebraja.

Se trata de institucionalizar sistemas que prioricen el bienestar emocional desde los primeros años de vida. Cuando un niño crece sintiéndose valorado, desarrolla una identidad resiliente que no necesita negar la dignidad ajena para afirmarse a sí mismo.

En este punto, la advertencia de Hannah Arendt sobre la "banalidad del mal" cobra una dimensión nueva. El mal no es obra exclusiva de psicópatas o ideólogos, sino de personas comunes cuyas capacidades empáticas fueron anestesiadas por entornos hostiles.

Sostenibilidad:

Para garantizar la sostenibilidad de las estrategias de intervención, es fundamental integrar programas de educación basada en el trauma en las escuelas, capacitar a docentes en apego y regulación emocional, y fomentar un entorno escolar seguro.

Transferibilidad:

Se recomienda que las políticas educativas incluyan formación específica sobre los efectos del trauma infantil y estrategias para la prevención de la violencia y el odio en la sociedad.

Recomendaciones:

El trauma infantil puede afectar profundamente el desarrollo emocional, social y académico de los estudiantes, influyendo en su capacidad para regular emociones, establecer relaciones saludables y desempeñarse de manera adecuada en el entorno escolar. Para mitigar sus efectos, se propone una intervención integral en las escuelas basada en un enfoque interdisciplinario que combine estrategias de detección temprana, apoyo socioemocional, capacitación docente y colaboración con las familias y la comunidad. Una escuela sensible al trauma se construye sobre cinco principios clave: seguridad, confianza, elección, colaboración y empoderamiento (SAMHSA, 2014). Estos principios se operacionalizan en políticas, prácticas

pedagógicas y relaciones interpersonales que priorizan la comprensión sobre el castigo y fomentan la capacidad del alumnado para sentirse seguro, valorado y comprendido.

1. Detección temprana y evaluación del trauma

El primer paso es la identificación de signos de trauma en los estudiantes, lo cual puede realizarse a través de:

- Capacitación docente en identificación de señales de trauma: formación sobre síntomas emocionales y conductuales como ansiedad, hiperactividad, retraimiento social o agresividad

- Implementación de espacios de escucha y observación: tutorías individuales o grupos de apoyo donde los niños puedan expresar sus emociones de manera segura.

2. Creación de entornos escolares seguros y predecibles

Los niños que han sufrido trauma necesitan sentirse seguros en el entorno escolar. Para ello, se proponen estrategias como:

- Estructuras de aula predecibles: mantener rutinas claras y horarios definidos reduce la ansiedad en los niños con experiencias adversas.

- Espacios de calma y regulación emocional: implementación de "salas de regulación emocional" con materiales sensoriales y técnicas de mindfulness para ayudar a los estudiantes a autorregularse.

- Prácticas restaurativas en la disciplina: sustituir los castigos punitivos por metodologías de mediación y diálogo para evitar la revictimización de estudiantes con trauma.

3. Intervención psicoeducativa y apoyo socioemocional

Para promover la resiliencia en los niños con trauma, es fundamental incluir:

- Programas de educación socioemocional: enseñanza de habilidades de autorregulación, empatía y resolución de conflictos en el currículo escolar.

- Disciplina restaurativa en lugar de punitiva: las respuestas conductuales se centran en la reparación del daño y la reflexión, no en el castigo, promoviendo la responsabilidad y el aprendizaje socioemocional (Gregory, Clawson, Davis y Gerewitz, 2016).

- Terapia basada en el apego: intervenciones inspiradas en la teoría del apego para fortalecer la relación entre docentes y estudiantes, creando figuras de referencia seguras.

- Estrategias de relajación que ayuden a los niños a reducir la hiperactivación del sistema nervioso.

- Grupos de apoyo: creación de espacios donde los niños puedan compartir experiencias con pares y adultos de confianza para generar redes de apoyo emocional.

4. Capacitación docente y sensibilización escolar

Los docentes son figuras clave en la recuperación de los niños con trauma. Por ello, se sugiere:

- Formación en prácticas informadas en el trauma: talleres sobre el impacto del trauma infantil en el aprendizaje y estrategias para manejar crisis en el aula.

- Capacitar a al profesorado para reconocer comportamientos como expresiones de trauma, no simplemente como "problemas disciplinarios".

- Capacitación en comunicación no violenta: estrategias para evitar el uso de disciplina punitiva y fomentar la resolución pacífica de conflictos.

- Supervisión y apoyo emocional para docentes: espacios de autocuidado y manejo del estrés para prevenir el desgaste emocional del personal educativo.

5. Participación de la familia y la comunidad

Es esencial involucrar a las familias y la comunidad en la intervención. Se propone:

- Talleres para padres: formación en crianza positiva y regulación emocional para reducir la transmisión intergeneracional del trauma.

- Red de apoyo comunitario: conexión con servicios de salud mental y trabajo social para brindar atención integral a los niños afectados.

AGRADECIMIENTOS

Con el apoyo del proyecto Efectos de los discursos de odio en las relaciones off line de los y las adolescentes del poniente almeriense (DIS-ODIO) bajo la subvención PID2021-127113OB-I00.

REFERENCIAS

- Arranz, E., Bellido, A., Manzano, A., Martín, J. L., y Olabarrieta, F. (2004). Contexto familiar y desarrollo psicológico durante la infancia. En E. Arranz (Coord.), *Familia y desarrollo psicológico*. (pp. 70-95) Madrid: Pearson Educación.
- Capano, Á., & Ubach, A. (2013). Estilos parentales, parentalidad positiva y formación de padres. *Ciencias psicológicas*, 7(1), 83-95.
- Bowlby, J. (1986). *Vinculos afectivos. Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid. Morata

Fromm, E. (1964). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Gregory, A., Clawson, K., Davis, A. y Gerewitz, J. (2016). The promise of restorative practices to transform teacher-student relationships and achieve equity in school discipline. *Journal of Educational and Psychological Consultation*, 26(4), 325-353. <https://doi.org/10.1080/10474412.2014.929950>

García Linares, M. C., Pelegrina, S., y Lendínez, J. (2002). Los estilos educativos de los padres y la competencia psicosocial de los adolescentes. *Anuario de Psicología*, 33, 79-95.

Herman, J. L. (2004). *Trauma y recuperación. Cómo superar las consecuencias de la violencia*. Madrid. Espasa Calpe

McConnico, N., Boynton-Jarrett, R., Bailey, C., & Nandi, M. (2016). A framework for trauma-sensitive schools. *Zero to Three*, 36(5), 36-44.

Miller, A. (1985). *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño*. Tusquets.

Pérez Alonso-Geta, P. (2003). Crianza y estilos familiares de educación. En E. Gervilla (Coord.), *Educación Familiar. Nuevas relaciones humanas y humanizadoras* (pp. 65-80) Madrid: Narcea.

Substance Abuse and Mental Health Services Administration (SAMHSA). (2014). *SAMHSA's Concept of Trauma and Guidance for a Trauma-Informed Approach*. https://ncsacw.samhsa.gov/userfiles/files/SAMHSA_Trauma.pdf

Torío López, S., Peña Calvo, J.V. y Rodríguez Menéndez, M del C. (2008). Estilos Educativos Parentales. Revisión Bibliográfica y Reformulación Teórica. *Teoría Educativa*, (20), 151-178.

Winnicott, Donald (1981), "La agresión en relación con el desarrollo emocional", en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Laia, pp. 281-299.